

Sesenta años de debate cultural Radiografía de la Pampa

Luis J. Di Pietro Paolo

Una recorrida por aquellos textos que marcaron un hito en la reflexión acerca de nuestra condición cultural no puede soslayar la *Radiografía de la Pampa* que publicó Ezequiel Martínez Estrada hacia 1933. Releer sus páginas nos propone algo más que una mera recordación ya que nos presenta una serie de cuestiones y nudos conflictivos que aún hoy tienen actualidad en la vida argentina.

Texto denso y sugerente, en él se propuso Martínez Estrada diseccionar y reflejar la naturaleza más profunda de nuestra realidad.

Participa, en este sentido, junto a otros pensadores, de esa rica indagación intelectual que se da en la década del '30 acerca de las claves que conduzcan a esclarecer nuestra debatida identidad cultural¹.

El pesimismo y el escepticismo que destila la obra expresan el desencanto del escritor ante la época histórica que le toca vivir. Martínez Estrada es "un hombre de la crisis", como lo definió José L. Romero, y su *Radiografía* es la negación, fundamentalmente, de la Argentina del '80 y del Centenario.

El análisis de la crisis

¿Cuáles fueron las causas que condujeron a la Argentina a la situación en que se encontraba? A partir de un análisis del texto se podrían enumerar fundamentalmente tres:

- 1) El factor telúrico.
- 2) La marginalidad americana.
- 3) El factor económico.

1) El factor telúrico

América está atravesada desde su origen por una “fatalidad geográfica y étnica”². En continuidad con el análisis sarmientino del siglo pasado, el autor señala a la *pampa*, al desierto, a la extensión, como determinante a la hora de hallar unos de los motivos de nuestros males. El paisaje, que en realidad es *ausencia* de paisaje, produce un cansancio cósmico en el habitante y vuelve inútiles todos sus esfuerzos. La tierra ha sometido al hombre ya desde la época de la Conquista y le ha dejado su marca para el porvenir. Es la primera gran paradoja de la historia americana: las poderosas y ocultas leyes de nuestro suelo vencieron al conquistador y el supuesto vencedor en realidad es el vencido. El civilizado pierde su condición de tal, y se somete a la naturaleza y a la barbarie.

“Este medio sin fisonomía propia y aparentemente sin energía plástica, absorbe y comunica su sustancia agreste al individuo”³.

Incluso los sentimientos más nobles, como pueden ser el amor, la amistad, el altruismo son erosionados en su naturaleza en virtud de esa energía deformadora de la llanura.

Por otra parte, la vastedad del paisaje, las distancias inconmensurables y la falta de población no son factores ajenos a la desunión y la soledad propias del argentino, y al aislamiento secular de nuestro país con las otras naciones sudamericanas.

2) La marginalidad americana

“Suramérica es todavía un episodio subsidiario de Europa” sentencia Martínez Estrada.

Varias son las expresiones a lo largo del texto que delatan, muy a pesar del autor, una mirada europeísta sobre la historia y la vida americana: “América no

tiene historia”, “la historia de Suramérica es apócrifa”, etc. Así, cuando se refiere a los pueblos indígenas juzga que desenvolvían sus culturas en formas asincrónicas y asimétricas al ritmo y la estructura de los ensayos conocidos y válidos.

“Su experiencia, desde la arquitectura y el arte, hasta el derecho y la religión, no sirvieron al gran ensayo que el hombre venía realizando sistemáticamente en otros puntos”⁴.

No es que nada haya ocurrido en estas tierras antes de la llegada de los españoles. Lo que sucede es que un hecho es auténticamente histórico cuando forma parte de un curso civilizatorio, de una *forma histórica* completa (que sería únicamente la experiencia europea). Caso contrario es meramente circunstancial, anecdótico, sin sustancia histórica. Por eso, “técnicamente en estas regiones no hubo nadie ni ocurrió nada”⁵, pues América, hasta su descubrimiento, ha sido un texto marginal dentro de la escritura universal y posteriormente ha carecido de luz propia, no ha hecho más que repetir o imitar los ensayos realizados por otros. Vista con ojos europeos, la marginalidad geográfica americana es también histórica y cultural; sus acontecimientos despiertan sólo curiosidad en el investigador y no van más allá de lo biográfico y estadístico.

“Así pues, en esta tierra vieja, que no tiene pasado humano, no ha ocurrido nada nuevo. Hemos reproducido, con variantes personales muchas historias que ya se olvidaron... El pasado geográfico de esta parte del continente, con las vicisitudes de los pueblos que la habitaron, forma un hiato en torno del hombre, desvinculándolo de la comunidad internacional”⁶.

El acontecimiento es configurado por el paisaje y los límites geográficos –la montaña, el desierto, los ríos– son barreras que aislan al hombre de la continuidad de la historia.

Aparece siempre el fantasma de la incomunicación, del aislamiento. Y “la civilización es lo contrario del aislamiento” exclama M. Estrada. ¿Cómo puede ser civilizada Iberoamérica si es una sumatoria de soledades? Cada nación arrastra la

incomunicación desde su origen, producto del territorio, de la condición étnica de sus primitivos habitantes y de la ignorancia de quienes aquí colonizaron.

De allí que las fronteras de nuestras naciones no son líneas de encuentro sino muros erigidos frente a vecinos que se suponen cargados de asechanzas. Aislarse y contemplarse con recelo, he ahí una de las claves para entender nuestra realidad sudamericana.

Soledad y aislamiento alimentan la amarga experiencia americana de vivir al margen de la historia que imagina el análisis estradiano.

3) El factor económico

Ahora bien, esta detallada descripción que hace *Radiografía de la Pampa* acerca de las causas que llevaron a la Argentina y a las naciones latinoamericanas a la situación en que se encuentran sería incompleto si no se mencionase el factor económico y geopolítico. Latinoamérica no está atravesada sólo por la “fatalidad telúrica”, y sus males no son sólo producto de la conciencia de marginalidad de nuestra clase dirigente, sino que han actuado intereses económicos y geopolíticos que gravitaron hondamente para asignarle el papel de *colonia* en el escenario mundial.

“Todos los países suramericanos están sojuzgados por centros de energía económica situados en el hemisferio norte; trabajan con arreglo al mercado exterior, al que envían lo que aquellos necesitan y de donde traen lo que a los otros les sobra”⁷.

Por fuerza debíamos ser, pues, zonas marginales de un centro de decisión y consumo situado en la metrópoli.

“También en tal sentido resultamos ser factorías, colonias y dominios, pues producimos lo que ellos quieren y ellos quieren que produzcamos lo que no les conviene o no pueden producir.” (ibid.)

Este es un grave problema que tienen que resolver nuestras naciones a fin de poder superar el estado de dependencia y de mutuo aislamiento en que se encuentran.

“Mientras la solución de sus problemas dependa de la voluntad ajena, que tiene interés en no resolverlos, no pueden comunicarse entre sí directamente, porque la unión sería la verídica independencia de estas repúblicas. La desinteligencia pansuramericana es efecto del orden de relaciones entre el sur y el norte.” (ibid.)

Comprender con claridad la cuestión argentina significa considerar que a las formas negativas de nuestra propia condición se sumó la disolución del “alma nacional” y del ideal colectivo bajo el predominio del capital extranjero⁸.

¿Civilización y barbarie o la creación de ficciones?

Frente a este estado de cosas, motivado tanto por causas propias como ajenas, ¿qué hicieron los hombres que construyeron la Argentina moderna, la que surge luego de 1853? Montaron una serie de estructuras y formularon valores que pretendieron *ocultar* nuestra “barbarie”, como si eso bastase para ser como “lo otro” que tanto se anhelaba ser.

“La civilización es una excoriación natural, o no es nada”, pontifica Martínez Estrada, y toda la *Radiografía* es un inmenso esfuerzo para mostrar que nuestra realidad profunda corroía todas las instituciones ficticias que habíamos edificado. Que aquello que en el viejo Mundo era auténtico producto del desenvolvimiento, aquí podía ser artificioso y postizo; aquello que allí era el resultado de transformaciones decisivas podía ser en nuestro país modernización superficial. “Pseudoestructuras” llama a esas formas huecas de sentido que encubrían el secreto anhelo de asemejarnos a Europa pero que no concordaban ni con el paisaje ni con el volumen total de nuestra vida; que no eran sino puentes de fuga que nos permitieran huir de un origen no querido.

“Nuestro futuro está compuesto por la fuga desde el pasado”⁹ y así nuestros proceres recurrieron a la formulación de mitos y pseudo valores que hablaban de una Argentina que no se correspondía con la realidad.

“Rivadavia, Sarmiento, Mitre, Rawson, Avellaneda, Pellegrini y algunos pocos más, crearon mitos en cuanto hicieron respetar como dogmas de una religión argentina, ídolos extranjeros que no hablaban a la fe nacional...”¹⁰.

Se alteró el sentido verdadero de la historia y se organizó la liturgia de los nuevos dioses de la cultura –universidad, banca, industria, literatura, etc.– que pretendieron dar un sentido de orientación y una clave de interpretación a nuestro desarrollo, pero en tanto no eran expresión cabal de un contenido se transformaron en máscaras que ocultaban el rostro mudo de la barbarie.

“Con una tabla de valores a la vista, se fueron forjando las divinidades propicias, bajo el rótulo de Civilización. Y al mismo tiempo se destronaban los ídolos locales, autóctonos, bajo el anatema de Barbarie.” (ibid.)

Martínez Estrada se sentía deudor y continuador de la obra de Sarmiento pero su análisis lo conduce inevitablemente a cuestionar la lógica interna que anima al *Facundo*. Sarmiento no llegó a percibir que civilización y barbarie, en realidad, eran una misma cosa, que lo que se creía vencido y aniquilado se había enmascarado bajo el aspecto de la prosperidad y del progreso científico y cultural. Negación y encubrimiento de lo que somos mediante la máscara y la improvisación en el gobierno o el intento de suprimir violentamente lo que se resistía a desaparecer, muestran en realidad el verdadero rostro de la barbarie.

Buenos Aires es el símbolo de este país de ficción. Cabeza separada del interior, sin alma ni profundidad, es el centro de la república, pero un centro de distorsión de la realidad nacional. Su crecimiento monstruoso es paralelo al empobrecimiento de las provincias y su dependencia respecto a la capital. Mientras tanto, la verdad y la vida siguen latiendo “en ese fondo blanco que es nuestro interior”¹¹. Curiosa inversión del esquema sarmientino el que realiza

Martínez Estrada: la autenticidad y la vigencia de los verdaderos valores, única posibilidad de redención, es patrimonio del interior del país¹².

“Lo interior, que es lo que no queremos ser, prosigue su vida torácica, pausada, imperceptible. Y sin dudas la libertad verdadera, si ha de venir, llegará desde el fondo de los campos, bárbara y ciega, como la vez anterior, para barrer con la esclavitud, la servidumbre intelectual y la mentira opulenta de las ciudades vendidas.”¹³

Ciertamente que parte de la fuerza corrosiva del análisis estradiano reside en el hecho de que su crítica cala incisivamente en el plano moral¹⁴, y no es casual que *Radiografía de la Pampa* se cierre abordando esa temática. Atraviesa todo el texto el anhelo de una vida fundada no en la riqueza y en el aparentar sino en una moral auténtica y substancial.

La supuesta “civilización” se ha revelado como el crecimiento desmedido de las tablas de producción y de los valores materiales en una curva tan pronunciada como la que revela el descenso del estado intelectual y moral de la sociedad.

Ya en *Radiografía* se percibe lo que será más evidente en textos posteriores: el rechazo de la civilización moderna y su cultura mecanizada, basada en lo económico, y la búsqueda de un tipo de sociedad más auténtica en términos humanos, que exprese lo que realmente somos aunque aparente ser “barbara”.¹⁵

Así en *Sarmiento* (1946), Martínez Estrada afirma la necesidad de admitir la condición “bastarda” de nuestra sociedad –en el sentido de formada por elementos heteróclitos– a fin de ser fieles a nuestro destino histórico.

“Necesitábamos admitir ese estado de cultura bastarda, como en la sociedad se debe admitir el estado de mestizaje donde existe, para constituir sobre esa base una gran nacionalidad... Sarmiento quiso borrar ese status considerándolo inferior -lo cual era sólo relativamente cierto- para superponerle otro viciado en su tuétano por la injusticia.”¹⁶

La civilización de “los pueblos decadentes” es una grandeza que encubre la injusticia, la crueldad, la infamia y la codicia. Y los arquitectos de nuestra nación –Sarmiento entre otros– no percibieron que “sin un plan social de justicia, el progreso es una maldición”¹⁷.

Mientras tanto, la Argentina se desarrolló materialmente pero fue una transformación meramente exterior. En su curso profundo continuaron sin resolverse los mismos problemas de la vida social que enfrentó Sarmiento en el siglo pasado: 1) la educación y la cultura; 2) las comunicaciones y la integración entre las regiones del interior del país y con las restantes naciones latinoamericanas; 3) la formación del alma nacional; 4) la probidad en el ejercicio del poder¹⁸.

Bien puede afirmarse que 60 años después de publicada *Radiografía de la Pampa* tales cuestiones continúan aún vigentes.

Notas

¹ Pueden mencionarse, a modo de ejemplo, Scalabrini Ortiz, *El hombre que esta solo y espera* (1931) y E. Mallea, *Historia de una pasión argentina* (1937).

² *Radiografía de la Pampa*, ed. crítica coordinada por Leo Pollmann, Fondo de Cultura Económica, México 1993, p. 58. la edición incluye monografías, índices y bibliografía.

³ Op. cit., p. 105.

⁴ Op. cit., p. 52.

⁵ Op. cit., p. 64.

⁶ Op. cit., p. 64/65.

⁷ Op. cit., p. 66.

⁸ Op. cit., p. 67. Muy claro es también el análisis del trazado del ferrocarril en Argentina en función de los intereses de la metrópoli. Cfr. el capítulo "Trapalanda - las rutas".

⁹ Op. cit., p. 226.

¹⁰ Op. cit., p. 243. Según el autor el país de ficción surge a partir de 1860: "La generación del '80 es a forma colectiva típica de esa seudoestructura de civilización, forjada por un infinito amor patriótico; el período pueril de asimilar formas sin sentido, dándoles su propio sentido" (p. 253).

¹¹ Op. cit., p. 48.

¹² Similar posición recorre el texto de E. Mallea antes citado.

¹³ Op. cit., p. 67.

¹⁴ Tal como afirma D. Civitanovic en "Las formulaciones dualistas en el ensayo argentino" en Revista *Criterio* N° 1766, Buenos Aires, 1977. Respecto de esta postura moralizante de M. Estrada y sus contradicciones, ver el trabajo de Leo Pollmann "Génesis e intención de *Radiografía de la Pampa*" que incluye la edición crítica que citamos.

¹⁵ Cfr. James Maharg. "Reflexiones en torno a la ideología de Ezequiel Martínez Estrada" en *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 269. 1972, p. 211-225.

¹⁶ *Sarmiento*, Argos, Buenos Aires, 1950, p. 70.

¹⁷ Op. cit., p. 110/111.

¹⁸ Cfr. *Radiografía*, p. 255/256.